

Los rostros del maltrato

LISANDRA FARIÑAS ACOSTA

Hay que escuchar a la gente, porque solo así se tendrá la idea más acabada del pulso social, decía en clase un viejo profesor y periodista. Recurren constantemente sus lecciones al recuerdo en estos tiempos donde tanto se habla de respeto y de recuperar valores cívicos. Tiempos donde apelamos a un cambio de mentalidad inaplazable y vital en nuestros ciudadanos, sin el cual avanzar hacia una sociedad funcional no pasa de ser una quimera. Cuestiones todas de prioridad en la Cuba de este siglo. Se llama a la oportuna reflexión, pero muchas veces desoyendo la retroalimentación natural que brinda el pueblo.

Porque hay situaciones que no pueden admitirse en un país que se repiensa, decidido a actualizar su modelo económico y social, convocado a recuperar la institucionalidad y el orden.

Si bien es dañina la indisciplina ciudadana, también lo son las actitudes de otros actores que conforman el resto del entramado social. Comportamientos cargados de indolencia hacia el otro, desconocedores de la ley, atropellantes.

El maltrato se ha ido colando silenciosamente en diversas áreas de nuestra sociedad. Es cierto que maltrata el joven al anciano que aborda el ómnibus, cuando no ofrece su puesto en señal de consideración. Maltrata a todo aquel que lo escucha el ciudadano que grita palabras desproporcionadas en plena calle. Pero también aflora el maltrato como la mala hierba, en tantos otros actos de desidia protagonizados por un sinnúmero de instituciones, las mismas que se supone le sirvan y guíen al hombre en su función social.

Desacreditado, irrespeto y desconfianza es el saldo que puede generar la falta de institucionalidad. Historias de maltrato repetidas que hay que borrar definitivamente del imaginario social, o estaremos arando sobre el mar.

“Es el colmo del irrespeto, siempre es igual”, decían los vecinos de la circunscripción en que vivo cuando comentaban indignados el último plantón recibido en la pasada rendición de cuentas, por “aquel” que debía explicar los motivos de que aún no se destupan los desagües del alcantarillado, en una de las zonas más bajas del reparto Camilo Cienfuegos, en La Habana del Este. “Cada vez que llueve clamamos no pase de una llovizna”, decían entonces sin imaginar que la próxima inundación estaba cerca. Porque el pasado viernes, el agua entró a las casas una vez más. Y me pregunto, porqué no dar la cara, porqué negar una explicación desconociendo irrespetuosamente la angustia ajena.

Impotencia de no poder hacer nada y ver como el nivel del agua alcanza los colchones, el televisor, los muebles, y se acerca peligrosamente a los tomacorrientes... Decir que no hay materiales, que hay que esperar a que entre el presupuesto, no habría resuelto el problema, pero sí quizás aliviado el alma al saber que se preocupan, que el gobierno municipal tiene el problema presente, que en cuanto se pueda se arreglará. Pero es más fácil no asistir al “juicio” del pueblo.

¿Cómo exigir después a esos mismos ciudadanos responsabilidad social? Y no es que estas actitudes puedan justificar las malas conductas que pululan por ahí, pero valdría la pena reflexionar sobre ello. Los hombres siguen modelos sociales, y tienen en las instituciones un patrón de comportamiento, de legitimación de actitudes.

Como esta, abundan las situaciones: que quien abre el hueco en la calle no es quien lo tapa; que quien lo tapa no es el que se lleva los escombros; que el cobrador de la luz no puede decir al cliente la lectura del metro contador; que la tienda cerró 15 minutos antes; que la cola se hace afuera; que “no te puedo explicar, a mí me lo orientaron así y así lo hago”; que es el único refrigerador que queda de esa marca... ¡pero debían rebajarle el precio porque tiene defectos! “Lo siento, eso es lo que vale, no está declarado como merma”.

Y así, un sinfín de absurdos, desconocimiento al esfuerzo del trabajador, al derecho a recibir un buen servicio, a vivir en un entorno agradable, y un largo etcétera marcado una y otra vez por el maltrato.

Vuelve la historia buscando responsables. Las instituciones se conforman de ciudadanos, y son las instituciones las encargadas de predicar con el ejemplo.

Maltrato ciudadano y maltrato institucional. El huevo o la gallina de un mismo guion, en el que la serpiente se muerde la cola y van de la mano causas y consecuencias.

Respetemos el derecho ajeno, y habrá paz.

La guerra de los sexos

LISY RODRÍGUEZ GUERRERO

Se levanta. Va directo a la cocina y prepara el desayuno. Despierta apurada a los niños y los viste. Desayunan. Friega y pone en agua los frijoles de la comida. Él ya está listo, arranca el carro y la apura, que si no, se queda. Ella agarra el bolso y la cartera de los cosméticos, porque solo será en el camino al trabajo donde podrá arreglarse.

Llega rayando, porque en la escuela la maestra aprovechó para dar muchas quejas, justo el día que ella debía entregar a las ocho un informe al jefe. Y el marido no pudo esperar, tuvo que llegar a tiempo a una reunión de vida o muerte.

Logró coger un P-5 después de una pequeña carrerita porque este no paró donde debía, sino una cuadra atrás. Pero su superior no escuchó justificación alguna, ni de niños ni guaguas, y la tildó de insuficiente, “eso te pasa por ser mujer”, dijo indignado. No obstante, ese día volvió a cargar una bolsa con muchos papeles para el final de su segunda jornada laboral.

Recogió a los niños. Llegó a la casa casi de noche. ¡Maldito horario de invierno! Rápidamente se quitó los zapatos que a esas horas ya mucho le pesaban, y se hundió en la cocina, desde donde explicó la tarea de Matemáticas, terminó la lucha por meterlos al baño, escuchó **Sobre la Mesa** que trató el importante tema de los Servicios —porque a ella le gusta estar informada—, y hasta adelantó un poco el informe que debía terminar para mañana.

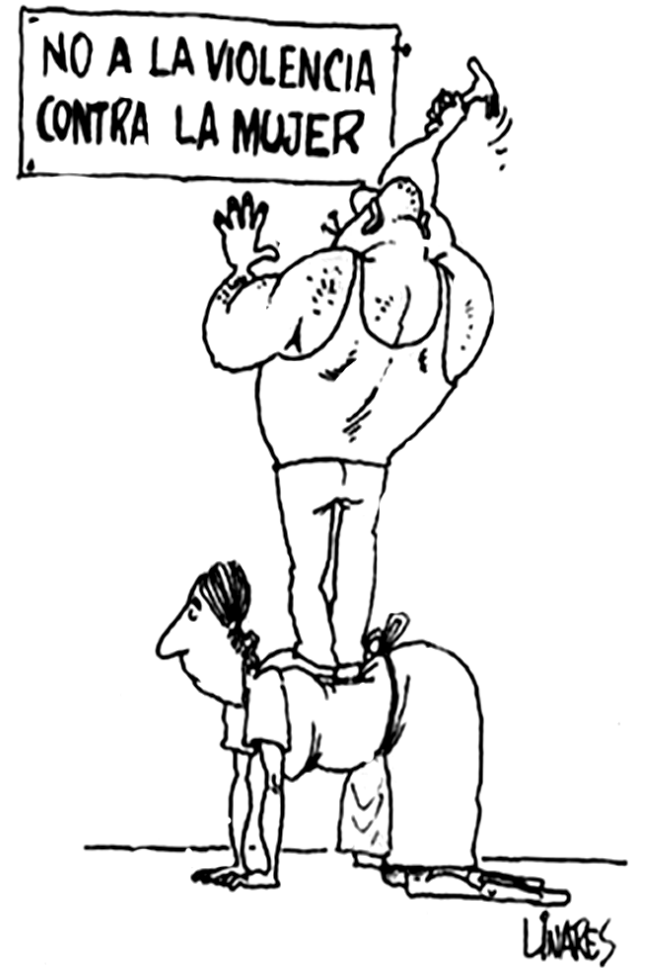
El marido llegó. La cena lista. Todo oloroso y fresco. Comieron y la sobremesa, como siempre, trató sobre los problemas diarios del esposo, que si la secretaria inepta, que si el aire acondicionado del carro... Y ella allí, tratando de que llegara el mejor momento para explicarle que hoy tampoco podía irse temprano a la cama.

Como pasa a menudo, él no la entendió, se encogió de hombros y refunfuñando se lanzó en el sofá para ver el importante partido de fútbol, mientras ella se quedaba hundida por decimoquinta vez en la cocina. Y de allí no salió, hasta que dieron las doce o la una.

Al día siguiente, en otro lado de la ciudad...

Él se levanta a hurtadillas para no despertarla. Ayer se acostó muy tarde. Prepara el desayuno y despierta a los niños. Le resulta difícil pero logra meterlos al baño. Piensa en lo fácil que es para ella convencerlos, y sonrío. Allá va... a la tarea más compleja del día, lograr tirarla de la cama, porque es remolona como solo ella puede.

La despierta con un beso, y otro, y otro... hasta que lo logra. Ella se prepara rápido, es habilidosa para eso. En un minuto está lista porque sabe que él debe llegar temprano aunque no la apura. Arregla el uniforme de los niños que él intentó poner y como siempre fue todo un desastre.



En la escuela la maestra quiere darle quejas porque el niño es un travieso, pero él la acompaña y como es un experto en encontrar cortapisas, rápido logran zafar y con un amistoso “después regresamos” que sin dudas se cumple, huyen corriendo. Él la despide en la puerta del trabajo con un beso y una seña, una clase de código que solo ellos entienden.

No se vuelven a ver hasta la tarde, para contarse lo bien que les fue en el día. Mientras ella prepara las especies, él limpia el arroz. Ella sonrío siempre, y hoy más que nunca porque le hicieron un importante reconocimiento laboral del que no para de hablar. Mientras, él la mira y espera el mejor momento para preguntar algo: ¿espero que hoy puedas ir temprano a la cama? A lo que ella responde con un sí rotundo, y otro beso.

El “don” de la ubicuidad

O. FONTICOPA GENER

Si me preguntaran, diría que nada ha deseado tanto el hombre como el don de la ubicuidad. Ni la telequinesia, la telepatía, la clarividencia... o cualquier otro talento extraordinario superan ese deseo irresistible de estar en todas partes, de ser omnipresente.

Fue ese anhelo, quizás, uno de los motivos que impulsaron invenciones como el teléfono, los telescopios, la comunicación satelital, el Internet... todas en función de extender las habilidades del hombre y, aunque su empleo ha resultado favorable, aún el poder de ser y estar en varios lugares al mismo tiempo continúa escapándose de las manos.

Entonces, ¿cómo justificar fenómenos cotidianos, únicamente comprensibles a partir de la “ubicuidad”? Una parada de ómnibus, por ejemplo, debería estar ubicada en un solo sitio. Sin embargo, la experiencia dicta que el autobús puede estacionarse donde debe, una cuadra delante, detrás, o 50 metros a la derecha (algún “don” debe tener ese medio que no se detiene donde está establecido, sino donde alguien cree más conveniente).

Ciertas personas, “bendecidas”, también parecen poseerlo. Al teléfono: —¿X está? —En estos momentos se encuentra reunido. —Dígale que es el plomero... —Ah, espérese, está aquí. Es que no lo había visto. ¡Menudo susto se habrá llevado esta asistente al descubrir el “poder sobrenatural” de su superior!

¿Son estos los destellos de un futuro “ubicuo” para el hombre? ¿Habrán pasado al plano real los relatos de ficción en los que existen súper héroes con habilidades extraordinarias? Creo que no.

Detrás de cada acontecimiento, coyuntura, accidente... permanece la actividad humana; porque no es el azar, la ubicuidad u otro fenómeno fuera del alcance “terrestre” el causante de conductas inadecuadas entre los individuos. Son las relaciones sociales, ante todo, quienes determinan o frenan los comportamientos impropios.

No se trata de remitirnos a aquel viejo refrán sobre “la culpa y la vaca”; la cuestión no radica en los culpables, de ese modo solo pecaríamos, más que de frívolos o superficiales, de inconsecuentes.

El asunto estriba en las soluciones y en el ánimo de enmendar o suprimir los malos manejos; y sobre todo, en la búsqueda de alternativas que cierren paso, definitivamente, a las conductas indebidas que irrumpen la cotidianidad y tratan de establecerse en cualquier sitio y en cualquier momento.

¿Cambio de “mentalidad”, de educación, de costumbres...? La respuesta es más sencilla: el respeto al otro; el cuidado de lo ajeno y lo común...; cada uno de estos valores generados en sociedad, enriquecidos y transmitidos de una generación a otra, forman parte del imaginario que determina y varía su comportamiento. Solo resta conjugarlos de modo que no sobren las buenas intenciones, sino los resultados provechosos; solo esos deberían poseer el codiciado “don de la ubicuidad”.